

LA PIEDRA PRECIOSA

Una familia heredó, al morir la madre, el piso en el que ella vivía. Decidieron ir a vivir, pues era más espacioso y estaba situado en un lugar muy céntrico de la ciudad.

Ciertamente la pena por la muerte de la madre era grande, pero al pensar que no se desprendían de la casa y la conservaban viva, les parecía que les suavizaba el dolor, pues era lo que la madre siempre había dejado entrever.

El gran trabajo les vino al tener que sacar algunos muebles y otros utensilios y pertenencias de la madre, para poder poner sus cosas. Fue un trabajo de muchos ratos y muchos días.

En un cajón del armario encontraron una cajita con una piedra dentro, que parecía un brillante, y un papel doblado debajo. Lo quitaron y le leyeron. Decía: "Esta piedra es el mayor tesoro que os dejo. Consérvela, no la abandoneis nunca, partidla, que su brillo llegue a todos los miembros de la familia. Mamá os ama mucho".

Todos quedaron muy sorprendidos... "¡Pobre mamá!", pensaron. Quizás no tiene mucho valor, pero para ella tenía mucho, y no hicieron mucho caso. La caja quedó en el mismo cajón y ellos siguieron trabajando, que había mucha y para todos.

Uno de los nietos, el pequeño de cuatro años, que también iba de un sitio a otro y lo tocaba todo, un día descubrió la cajita y le gustó la piedra. La sacó al pequeño jardín que estaba detrás de la casa y jugaba "haciendo la rata", con los rayos del sol.

Llegó la hora de irse a su casa, porque todavía no habían hecho el traslado definitivo, y el niño sin pensárselo demasiado dejó la piedra en el jardín, cerca de un matorral de margaritas.

Aquella noche llovió y la piedra se oscureció, cubierta de barro, y permaneció allí tirada dos o tres días, hasta que el niño la descubrió de nuevo. La limpió y la guardó de nuevo en la cajita y en el cajón.

Al cabo de un tiempo, cuando la familia ya vivía en la casa de la madre, la nueva para ellos, uno de los nietos, el mayor, tenía que realizar un viaje de estudios. Iba dos meses a Inglaterra para aprender y practicar el inglés. Había ganado una beca, porque era inteligente y la familia no podía pagar todo lo que representaba. Preparó la maleta, que no faltara nada... y, no sabemos por qué, pero papá le puso la caja con la piedra de la abuela. "Que se lleve un recuerdo de ella", pensó.

Como no le había dicho nada al chico, éste al llegar a la casa donde debía hospedarse en Londres y deshacer la maleta, encontró la caja con la piedra.

"¿Qué extraño?", pensó, "¿qué hace aquí la caja de la abuela?". Quizás papá quiere que pregunte a un joyero lo que vale.

Así lo hizo al día siguiente y el joyero le dijo: "Tiene una piedra de gran valor, muchísimo valor. Si la vende sacará mucho dinero, pero todavía puede hacer más si la partimos y hacemos de más pequeñas".

Puesto en contacto con su padre, el chico la hizo partir. Era un brillante auténtico, que se convirtió en pequeños brillantes, que proporcionaron una fortuna a la familia, que pudo vivir sin ningún tipo de penuria económica, y más aún, pudo ayudar a mucha, mucha gente que lo necesitaba.

El brillante de la abuela fue la salvación para la familia y para muchos.

El mayor brillante que los hombres y mujeres hemos recibido de los padres, después de la vida, es la fe. La fe recibida en nuestro bautismo y cuidada y hecha crecer al mismo tiempo que crecíamos físicamente.

El conocimiento de Dios y de su amor es el gran brillante que debemos repartir con los demás. Es el tesoro que nos hará vivir felices y en paz, y nos acompañará siempre.

Si alguna vez, como en el cuento, se nos ensucia de barro o lo olvidamos en el cajón, que no sea por mucho tiempo... Debemos limpiarla, debemos hacerla brillar con nuestras buenas obras y multiplicarla tanto como podamos.

La mejor herencia para dejar a los demás es la fe en Dios.

Montserrat Llopart